

CAPÍTULO 3

El exorcismo del fantasma en la máquina

Los principales argumentos de Descartes fueron cuestionados desde el siglo XVII y refutados con éxito incluso por muchos de sus contemporáneos. Sin embargo, como se apreciará más adelante, el mito tiene raíces mucho más difíciles de extirpar, por una parte, porque es una consecuencia natural de las características que tiene la estructura gramatical de casi todos los idiomas del mundo y, por otra, porque hemos recibido una educación que nos predispone a aceptarlo.

Como primer paso para exorcizar al fantasma en la máquina, es necesario reconocer que se nos educó para considerarlo como la explicación correcta acerca de la naturaleza de la conducta. Nadie nace con una teoría sobre el origen del universo, los valores morales, la idea de libertad, de la propiedad privada o de cualquier otro concepto. Adquirimos nuestra visión del mundo en un contexto social determinado de tal manera que llegamos a considerarla correcta y “natural”, olvidando que es el resultado de un proceso de aprendizaje y que posiblemente no sería ni entendida ni compartida por la gran mayoría de nuestros antecesores. Si hubiéramos nacido en otra época o en otro lugar no pensaríamos como lo hacemos. Es muy posible que un occidental comparta los principios y valores morales del cristianismo sencillamente porque no proviene de otra parte del mundo;

si hubiera nacido en Arabia, quizás sería musulmán; y, si hubiera nacido en la India, posiblemente practicaría yoga o sería un *Hare Krisna*³⁷.

Las explicaciones que hemos aprendido acerca del origen de los fenómenos a nuestro alrededor chocan ocasionalmente con nuevas, que son rechazadas. Hoy en día nadie con un nivel educativo de secundaria objetaría las ideas de Copérnico sobre el funcionamiento del sistema solar, según el cual la Tierra gira alrededor del sol, pero en el siglo XVI sólo un grupo muy pequeño de personas las aceptaba. El modelo de Tolomeo, con la Tierra en el centro, era la explicación “oficial” que se prefería a la nueva. Así como en el siglo XVI eran pocos los que realmente comprendían el modelo de Tolomeo, no mucha gente entiende en la actualidad por qué es mejor el modelo de Copérnico y, sin embargo, lo consideran correcto y se preferiría sobre cualquier explicación alternativa, aun así esta sea más completa³⁸.

Gaston Bachelard (1884–1962) estudió este tipo de comportamiento, que necesariamente es un obstáculo para el progreso del conocimiento, y concluyó que con frecuencia se rechazan ideas nuevas por la existencia de barreras epistemológicas a las que definió como “cualquier conocimiento que no es cuestionado o que no conduce a formular preguntas adicionales en algún área de estudio, cualquier noción que bloquee la actividad fundamental de cuestionamiento de la ciencia es un obstáculo epistemológico”³⁹. Existen, por lo menos, dos tipos de barreras epistemológicas (1998). Unas se producen por falta de información, no se puede adoptar una posición que no se comprende. Foxx (1996), al respecto, considera que esta es la principal razón por la cual tanto el conductismo, como el darwinismo, han sido rechazados por una amplia variedad de grupos que incluyen sectas religiosas y partidos políticos. No se admite una gran parte de las ideas que los caracterizan sencillamente porque muchos de sus críticos, y más de uno de sus defensores, no las conocen bien⁴⁰.

Otro tipo de barreras se originan en la “aceptación” de explicaciones convincentes pero no cuestionadas de un fenómeno, como cuando el sistema solar propuesto por Tolomeo obstaculizó la versión de Copérnico. La comprensión de la

³⁷ No es el mismo caso de quienes después de un largo recorrido por diferentes escuelas de pensamiento escogen una, como ocurrió con la mayoría de los primeros cristianos.

³⁸ En cierta forma según la teoría de la relatividad, la Tierra efectivamente gira alrededor del sol, pero el sol también gira alrededor de la Tierra pues la definición de donde ocurre el movimiento es relativa a la posición del observador.

³⁹ La cita es hecha por Foxx, quien a su vez cita a R.C. Smith. Pp. 308.

⁴⁰ La idea del desconocimiento de una teoría como un tipo de barrera no es original de Bachelard sino de Foxx.

naturaleza y de nuestro papel en el Universo durante la mayor parte de la historia de Occidente estuvo influida por el pensamiento de Platón y de Aristóteles, entre otras cosas, por bien organizados que estaban sus sistemas y el gran poder explicativo que tenían los hacía parecer infalibles y así no se consideraba necesario ninguna alternativa. Este tipo de razonamiento, lamentablemente, contribuyó a entorpecer el desarrollo de las ciencias durante varios siglos.

Así como en su momento a la gente se le enseñaba que la Tierra era el centro del Universo, a nosotros se nos educó para explicar el comportamiento con base en entidades internas, fantasmas en la máquina, tales como los “sentimientos”, “rasgos personales” e “ideas”, es decir, con alguna forma de “mente” atrapada en el cuerpo. Tendencia que para algunos autores es la esencia de la denominada “psicología folclórica” o “popular” que, de acuerdo con Horgan y Woodward (1990), se caracteriza, entre otras cosas, por suponer que:

- 1) Las causas de la conducta se originan en la mente y, en particular, que la conducta humana es causada por creencias, deseos y actitudes guiadas por propósitos.
- 2) Los conceptos mentales tienen suficiente poder explicativo para describir y explicar el comportamiento humano.
- 3) Las intenciones y los propósitos pueden ser entendidos como conductas que se originan en el interior de las personas y no necesitan de explicación alguna en el medio ambiente externo donde las personas se encuentran.
- 4) La conducta de cada persona está libremente determinada por su propia voluntad (p. 399 – 420).

La psicología popular construida con base en conceptos propios del sentido común es la barrera epistemológica que más fuertemente se opone a una psicología del comportamiento.

Los problemas con el lenguaje

Abordaremos este problema con el examen de dos situaciones que servirán para ilustrar los argumentos que expondré más adelante. En la primera, una persona se levanta de una silla, va a una ventana, la abre, luego vuelve y se sienta. Podríamos inferir una secuencia donde, por alguna razón, la persona primero pensó en “ir a abrirla” y luego actuó; así, su pensamiento sería la causa inmediata de su conducta. En el segundo caso, observamos que un hombre le lleva flores todos los días a una hermosa joven e, igualmente, podríamos asumir que la causa de su conducta es el “amor” que lleva dentro. Dado que deben aceptarse las objeciones y críticas que se le hicieron a Descartes desde las primeras cartas de Elizabeth de Bohemia, sabemos que no es posible tal cosa como una sustancia inextensa,

pero aún queda la posibilidad de que este tipo de entidades estén realmente en el interior. Si ese es el caso, podríamos preguntarnos ¿en qué lugar del cuerpo están las ideas?, ¿dónde se oculta el amor?, ¿cuánto espacio ocupa una idea? Si alguien piensa durante más tiempo que otra persona, ¿sus ideas serán más grandes? Si se toma a dos personas que se encuentran pensando y las abrimos para observar su interior, no encontraremos ni ideas ni amores ni motivaciones que salten de su interior porque ni el amor ni los motivos ni las ideas ni la mente están ahí, no están en ninguna parte; en cierta forma, **son** las personas.

En la figura 2.1, donde está la representación de un hombre que expresa sus sentimientos a otra persona, ubiqué sus sentimientos en el pecho, cerca del corazón, lugar donde alguna vez se supuso que residían, pero en la actualidad es más popular la idea de que están en la cabeza: en el cerebro más específicamente. Si tomamos a dos personas, una que experimente un amor apasionado y otra que no y las sometemos a cirugía, no encontraremos en ninguna de ellas un objeto específico que corresponda a los “sentimientos”. Si la cirugía se realizara en el pecho, encontraríamos los órganos correspondientes a esta parte del cuerpo y nada más y si fuera en el cerebro, ocurrirá exactamente lo mismo.

Si los pensamientos, los sentimientos y los otros fenómenos usualmente clasificados en esta misma categoría tuvieran una existencia propia independiente deberían obedecer a las mismas leyes que “gobiernan” nuestro universo y compartir las mismas características que las otras “cosas” que en él habitan⁴¹. Todo lo que conocemos ocupa un lugar en el espacio y, por lo tanto, tiene ciertas dimensiones: largo, ancho y alto, que pueden medirse en unidades específicas tales como metros, centímetros, yardas, pulgadas o kilómetros. Además, lo que existe tiene cierta masa y, por consiguiente, pesa. Y, finalmente, las cosas ocurren o transcurren durante un cierto período de tiempo. Si los “eventos mentales” fueran una entidad real, podrían aislarse a partir de sus dimensiones físicas; sabríamos cuál es su peso, cómo son de largos y cuánto duran, pero obviamente esto no es posible porque no existen.

El cerebro es un órgano muy importante por las funciones que cumple, pero no tendría sentido hablar de un cerebro sin cuerpo. El estómago, por ejemplo, “regula” la digestión, pero esta requiere de una boca equipada con dientes, lengua y glándulas salivales, desde el punto de vista funcional, digiere todo el cuerpo entero. De igual manera, el cerebro juega un papel importante en nuestra capaci-

⁴¹ Podría ocurrir que al nivel del mundo sub atómico algunas de estas afirmaciones no fueran apropiadas, pero en cualquier caso no somos entidades de ese mundo.

dad para recordar, pensar, aprender y sentir, pero como el cerebro forma parte de un todo, en realidad, es todo el cuerpo el que recuerda, piensa y siente. El que zonas, como el área de Broca, estén directamente relacionadas con el lenguaje no quiere decir que sean el “asiento del habla”, la cual sólo es posible si se tiene completa e intacta la estructura anatómica apropiada, que además del cerebro involucra a las cuerdas vocales, la lengua y la laringe, entre otras. La tendencia de algunos neurocientíficos a ubicar en el cerebro los centros que controlan los denominados “procesos cognoscitivos”, como la memoria o el lenguaje, nos hace pensar que existen en realidad como entidades independientes. En el interior de los cerebros de una persona enamorada y otra que no lo está, no se encontrará ninguna “cosa” a la que se le pueda dar el nombre de “sentimiento” o de “pensamiento”.

La metáfora de la computadora, empleada ampliamente en la psicología contemporánea, es útil para ampliar este punto. La “información” que una computadora guarda es “almacenada” en su disco duro. Cuando se compra una nueva, el disco duro se encuentra “vacío” y cada vez que se agregan programas e información a la computadora se dice que se va “llenando”. Si pesamos a la computadora antes de introducir la información y después de hacerlo, nos encontraremos con que la computadora sigue pesando lo mismo. Exactamente lo mismo que ocurría con un estudiante que entra a una clase en la que aprende mucho. Si lo pesamos antes de entrar y al salir, y comparamos los dos pesos llegaremos a la conclusión de que no hay cambio. En otras palabras, el aprender no nos hace más gordos. Lo que ocurre en una computadora es análogo a lo que ocurre en el cerebro, cuando se aprende algo hay un cambio en la organización de sus componentes no un aumento de los mismos.

Un pensamiento no se puede medir ni tampoco un sentimiento, y podríamos creer que es porque no existen en nuestro universo y escapan a las leyes físicas; pero, si nos preguntamos qué se necesita para que existan los pensamientos y los sentimientos nos veremos en la obligación de reconocer que dependen de la existencia de quienes los producen. En la famosa obra clásica de Charles Lutwidge Dodgson, mejor conocido como Lewis Carroll, “Alicia en el país de las maravillas” hay una escena en la que ella se encuentra con el gato Chesire, que aparece de repente sobre un árbol. Después de una breve conversación, comienza a desvanecerse hasta que sólo queda su sonrisa, y mientras ella ve como desaparece, pronuncia las siguientes palabras: “Bueno, he visto frecuentemente a gatos que no sonríen,... ¡Pero una sonrisa sin gato! Es la cosa más extraña que he visto...”. Y, efectivamente, no es común ver sonrisas sin gatos ni sonrisas sin personas; en cambio, vemos muchas personas que sonríen y muchos gatos que maúllan. De la

misma manera que no vemos sonrisas sin gato, tampoco vemos pensamientos sin personas.

Las palabras pensamientos y sentimientos no describen “cosas” reales sino que están asociadas de una manera particular con la realización de ciertas actividades. En nuestro Universo, las cosas poseen determinadas propiedades. Una nube, por ejemplo, es de un color que oscila entre blanco y gris; está hecha de agua y flota en aire. Cualquier animal tiene tamaño, peso y color; además puede correr, explorar y cazar. Un ave puede volar; un pez, nadar y un ser humano, pensar, meditar, trabajar y amar. No hemos visto hasta la fecha “vuelos” sin pájaros ni “nadados” sin peces. Un globo tiene una extensión y existe durante un período de tiempo, si lo llenamos con gas veremos como flota. El globo tiene, entre otras, muchas propiedades la de flotar; pero ¿ha visto alguien una “flotación” sola por ahí? Es decir, una flotación sin globo. Así como no hay “flotaciones” sin globo, tampoco veremos “pensamientos” y “sentimientos” sin personas. Sentir y pensar son palabras cuya función es la de calificar a algunas actividades que los seres humanos hacemos y que sin nosotros no tendrían sentido.

Las actividades que las palabras “sentir” y “pensar” califican se pueden medir. Así como podemos medir la duración, la velocidad, la fuerza y la profundidad con que un pez nada o la altura y la velocidad del vuelo de un ave, todos medimos el tiempo que nuestras parejas nos dedican, la frecuencia de sus caricias y la intensidad de sus abrazos y así sabemos que hay personas que nos quieren más que otras porque pasan *más tiempo* con nosotros, nos acompañan con *más frecuencia* cuando estamos en situaciones difíciles. Nos expresan *más frecuentemente* y con *mayor intensidad* sus emociones, creo que el lector habrá notado que no todo el mundo lo abraza, o la abraza, con la misma *fuerza*; y si ha establecido relaciones de pareja, habrá descubierto que la “insistencia en la mirada”⁴², o la *duración* de las miradas fijas de personas que son de su atracción, es un buen criterio para predecir qué tan exitosa será una aventura amorosa. Si algo tiene *duración, fuerza e intensidad* es evidentemente un fenómeno que existe en nuestro universo y, por consiguiente, podemos estudiarlo y comprenderlo. Es absolutamente imposible medir un pensamiento o un sentimiento, porque no existen, lo que medimos son las actividades asociadas o calificadas con palabras como pensar y sentir.

Por ejemplo, podemos asignar un problema de matemáticas a dos niños y esperar cuánto tardan en resolverlo, así tenemos una medida para cada uno de

⁴² La insistencia de la mirada es mencionada como uno de los síntomas del amor en el Kama Sutra.

ellos de la duración de su respuesta de pensar en ese problema de matemáticas. Tampoco medimos los sentimientos, lo que medimos en realidad es alguna de las muchas dimensiones que tiene el conjunto de comportamiento al que describimos como sentir. Si los sentimientos y los pensamientos no existen con independencia de nosotros, entonces ¿por qué comenzamos a creer que ellos eran entidades concretas con vida propia? La respuesta a esta pregunta está en algunas características del lenguaje y de nuestra manera de pensar, asuntos que trataré a continuación.

De los ojos de la mente al hombre interno

Hamlet: "...Mi padre,... Veo a mi padre..."

Horacio: "¿Adónde, mi señor?"

Hamlet: "Con los ojos de mi mente."

Shakespeare

Al igual que Hamlet, todos hemos visto alguna vez con los "ojos de la mente", para utilizarlos basta cerrar los parpados y recordar a nuestro mejor amigo de la infancia, a alguno de nuestros abuelos ya muerto o incluso a nuestra pareja actual. También podemos "oír", "oler" y "sentir" mentalmente, incluso cuando estamos dormidos. Y esa capacidad para interactuar con lo que no está presente contribuye a crear la ilusión de un ente interior independiente: un "fantasma en la máquina". Idea con la cual hay, por lo menos, tres problemas: la duplicación innecesaria del sujeto, la necesidad de crear "sentidos internos" y la confusión entre la experiencia privada y personal con lo propiamente psicológico.

Tradicionalmente, se ha supuesto que cuando percibimos a un objeto con nuestros sentidos, nosotros somos el agente que conoce, y el objeto se deja conocer pasivamente⁴³. Cuando "vemos" o "escuchamos" mentalmente tendemos a suponer que hay *alguien más* adentro, *nuestro verdadero yo*, que es quien en realidad ve y escucha, como se muestra en la figura 3.1. Este extraño ser que habita en nuestro interior tiene la capacidad de conversar con nosotros, de respondernos, de criticarnos y de darnos apoyo en las malas situaciones y hasta de vivir más allá de la muerte. En la figura 3.2 se describe esta situación.

⁴³ Es de anotar que la distinción entre sujeto y objeto es problemática y que no es compartida por diversos autores por constituirse en otra forma de dualismo. Al respecto, ver Ribes (1990) y James (1904).

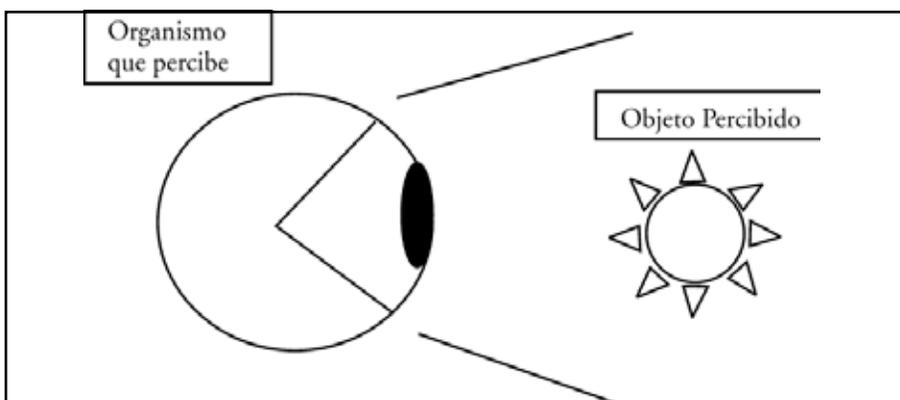


Figura 3.1. Percepción del mundo a través de los sentidos. El mundo lo conocemos gracias a nuestros sentidos. Podemos conocer el sol porque vemos su forma con nuestros ojos y sentimos su calor con nuestra piel.

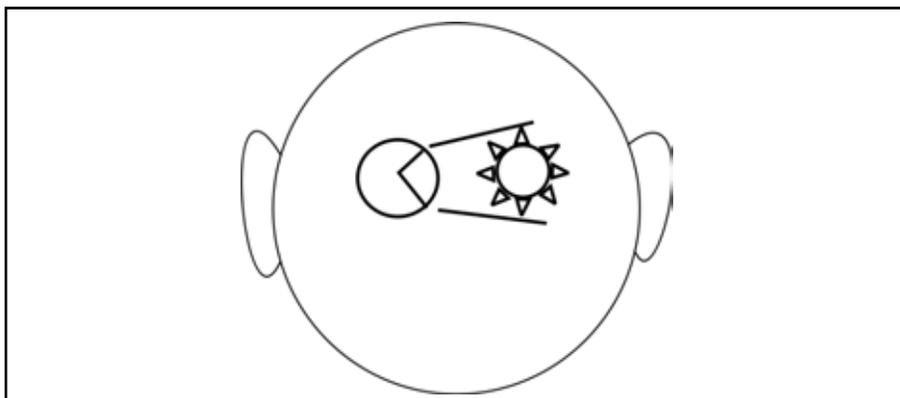


Figura 3.2. El "ojo de la mente". La figura ilustra cómo en el interior de una supuesta cabeza humana existe un "ojo interior" capaz de ver imágenes "internas".

La creencia en un agente interno es coherente con el sentido común, pero el sentido común también nos hizo pensar por un período de tiempo de casi diez mil años que la tierra era plana, que estaba inmóvil en el centro del universo y que el sol y todo el firmamento giraban a nuestro alrededor. Es más fácil aceptar concepciones psicológicas acordes con el sentido común, pero ello no las hace más verdaderas que las antiguas teorías geocéntricas. En el interior de las personas y de los animales no existen ni ojos, ni oídos, ni bocas independientes. Tampoco hay en el sentido estricto lugares "psíquicos", como el inconsciente o la

conciencia⁴⁴, conceptos que se han propuesto con el propósito de dar cuenta de la naturaleza del comportamiento y que aun cuando ocasionalmente son útiles, con más frecuencia nos llevan a una forma de “realismo conceptual”, error que consiste en creer que una construcción teórica es una entidad real.

El que no sea apropiado hablar de “una voz interna” es muy diferente a decir que no existe el pensar y el que se afirme que no hay “ojos mentales” no niega el hecho de que podemos ver con los ojos cerrados. Pero, este tipo de fenómenos no se perciben gracias a ningún “sentido interno” como Wundt (1897) ya lo señalaba cuando manifestaba su desacuerdo con las dos definiciones que consideraba preeminentes en la historia de la psicología al momento de proponer la suya. Según la idea más popular en su tiempo, la psicología estudiaba la mente entendida como el proceso psíquico a partir del cual se infiere la “naturaleza metafísica de la sustancia mental⁴⁵”. Concepción que rechazaba porque era dualista. De acuerdo con la otra, la psicología era la ciencia de la “experiencia interna”, lo que le parecía inadecuado porque implicaría suponer que los objetos de interés para la psicología son completamente diferentes de los relacionados con la experiencia externa y, por lo tanto, de los que conciernen a otras ciencias.

La psicología se ocuparía por el estudio de fenómenos “internos”, como la percepción, las emociones y las decisiones, que no son de particular interés para las disciplinas que se interesan por “eventos propios de la experiencia externa”, como los astros, la atmósfera o la composición del sol. Sin embargo, de acuerdo con Wundt, las expresiones de “experiencia interna y externa” no se refieren a objetos distintos sino a dos puntos de vista diferentes a partir de los cuales se realiza el estudio científico de la experiencia unitaria. Como la experiencia es una sola, para Wundt no hay tal cosa como un órgano interno de los sentidos que fuera responsable por la introspección de la experiencia subjetiva. No hay un mundo alternativo dentro de nosotros; en cambio, hay experiencias a las que sólo cada uno tiene acceso, pero que desde el punto de vista del fenómeno no son diferentes de las supuestas experiencias externas. Como lo sostenía James (1904), experimentamos en presencia o en ausencia de las cosas. Cuando una persona recuerda la imagen de la persona que ama, escucha su voz o siente sus manos fenomenológicamente la está viendo, oyendo y sintiendo. Aun cuando la calidad de la experiencia no sea necesariamente la misma, su naturaleza sí lo es.

⁴⁴ Aunque sí podemos hablar de estados de conciencia e inconciencia como lo expliqué anteriormente.

⁴⁵ Como ya lo he mencionado, el dualismo sustancial es rechazado explícitamente por toda escuela psicológica desde hace mucho tiempo: otra cosa es que a veces se caiga implícitamente en él.

La idea de un “sentido interno” está asociada con los conceptos de estímulo y respuesta interna que surgieron como un intento por dar cuenta de los fenómenos psicológicos que están supuestamente más allá del alcance de un observador externo. Para examinar dónde está el problema, voy a recurrir al concepto de reflejo que, de acuerdo con Domjan (1999), está constituido, por lo menos, por un estímulo, una respuesta y un sistema neuronal de mediación que incluye, mínimo, una neurona aferente, una neurona eferente y una interneurona, como se ve en la figura 3.3.

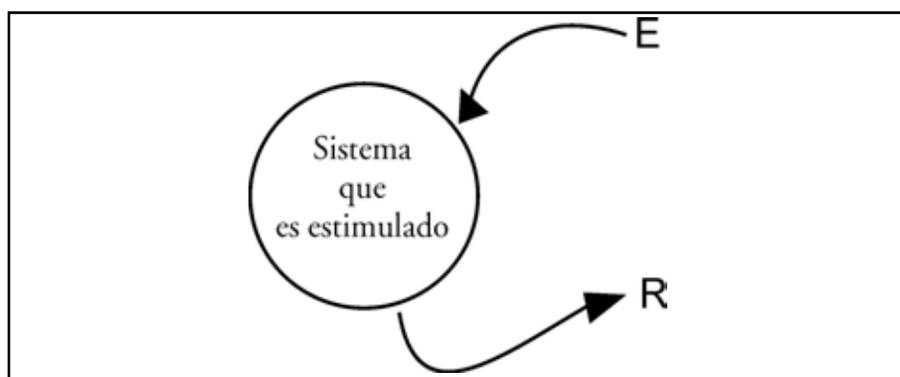


Figura 3.3. Un reflejo tiene, por lo menos, un estímulo, una respuesta y alguna forma de sistema orgánico que es estimulada.

Un estímulo, para el caso de un reflejo, es un cambio en alguna propiedad del medio ambiente que al activar el sistema provoca una respuesta. En el reflejo rotular, por ejemplo, es un golpe leve sobre la rodilla que basta para que se produzca la respuesta: una patada débil. Si se observara que alguien comienza a producir la respuesta refleja en ausencia de un estímulo a nadie se le ocurriría pensar que hay un estímulo interno provocándola y probablemente supondría que hay un daño en el sistema estimulado que lo hace responder de manera inapropiada. Sin embargo, se olvida con frecuencia que entre el estímulo y la respuesta hay un sistema mediador.

¿Qué estimularía un estímulo interno?, ¿cuál sería el sistema estimulado? Un golpe sobre la rodilla, un rayo de luz sobre la pupila de un ojo o un puñetazo, son situaciones externas al sistema ante las cuales el organismo reacciona en conjunto. Tratar a un dolor de estómago, al hambre o a los pensamientos como estímulos implica suponer que en el interior del cuerpo, considerado como el principal sistema estimulado, hay órganos específicos e independientes de recepción. Para

Staddon (2003), como para Kantor y Smith (1975) y Gibsson (1979), la estimulación es externa al sistema. La estimulación debe entenderse en relación con los receptores sensoriales, no son estímulos las características ambientales que no pueda registrar un organismo. La estimulación visual depende de cambios en la luz así como la auditiva está determinada por las vibraciones que se producen en el aire, eventos que no ocurren en el interior del cuerpo. El tacto es, como ya lo señalaba Aristóteles en su Tratado del Alma, el sentido más primitivo y sería el único que daría lugar a algún tipo de estimulación interna. Cuando una persona tiene su vejiga llena, hay una sensación táctil en el interior que le indica que es el momento de ir al baño. Ninguna de estas situaciones es comparable con la suposición de que actividades como “el habla o la visión internas” sean estímulos.

Artificialmente, podemos aislar un circuito reflejo y estimularlo para ver como opera, pero los organismos fuera del laboratorio funcionan como un sistema integral y por consiguiente el sistema estimulado es todo el cuerpo. Si bien es cierto que el cerebro regula y “conoce” del funcionamiento del organismo, no se puede concluir que el sistema nervioso sea “estimulado” por la actividad interna del organismo. Desde una óptica estrictamente psicológica, la actividad de los ojos, por ejemplo, no estimularía sólo al cerebro, es todo el sistema el que reacciona en conjunto a cualquier forma de estimulación. Y dadas estas condiciones, una ulcera, un dolor de muela o la inflamación de la vejiga serían mejor entendidas como condiciones de estado del organismo que modifican la manera como la estimulación, necesariamente externa, lo afecta.

La noción de estímulos y respuestas internos surgió, al menos en parte, para explicar desde una perspectiva conductista aquella actividad que es inaccesible a terceros; como el habla interna. Skinner (1984) defendía esta idea que ha sido utilizada por otros autores (por ejemplo, Taylor y O’Reilly, 1997, y Friman, Wilson y Hayes, 1998). Sin embargo, el problema puede ser más ilusorio que real. Para abordarlo hay que recordar, en primer lugar, que toda experiencia es por naturaleza privada, subjetiva y personal; segundo, que el acceso a eventos cuya observación y medición directas no son posibles no afecta sólo a la ciencia de la psicología; y, tercero, que, como ya lo había expresado en el primer capítulo, la conducta sólo tiene sentido si se considera, como lo afirma Rachlin (1994, 2000), un patrón extendido en el tiempo.

Toda experiencia sólo puede experimentarla quien la padece y no podemos saber si los otros ven, oyen y sienten como lo hacemos nosotros. O más bien, yo, como individuo, no puedo sentir como ninguna otra persona. Dada esta limitación, ¿podemos ver algo tan personal como el dolor o conocer lo que otro piensa?

El dolor es una sensación asociada con el tacto y así como podemos inferir con los procedimientos experimentales apropiados si una rata o una paloma ven o no determinados colores o escuchan o no determinados sonidos, podemos saber cuando les duele algo (de lo contrario no existirían los veterinarios) y en este sentido su conducta, su dolor, es observable; claro bajo las condiciones apropiadas.

Supongamos que logramos ver lo que una persona sueña, ¿y? Si la única actividad de esta persona fuera dormir, sencillamente no sería un sujeto de mucho interés para una ciencia como la psicología porque se encontraría en la misma posición que los personajes inmóviles que describí en el primer capítulo. Imaginemos que hay tres investigadores. Uno de ellos le ha conectado a una persona un dispositivo electrónico que le permite ver únicamente el contenido de sus sueños. Otro, ve lo que ella ve, oye lo que oye y siente lo que siente. El tercero, puede vigilarla y con cámaras, no ve lo que ve, pero escucha sus conversaciones, ve sus acciones y el resultado que tienen sobre el ambiente. ¿Cuál de los tres tendría un mejor acceso a su psicología? En mi opinión, sólo el tercero. Obviamente, si tuviera la información que tienen los otros dos, tendría un cuadro mucho más completo, pero, para entender el comportamiento no la necesita. Si bastara con ver lo que el otro ve y oír lo que el otro oye, no serían necesarios los psicólogos clínicos.

Desde esta óptica, ¿cómo analizar “actos privados”; por ejemplo, las alucinaciones de un esquizofrénico?, ¿podemos saber que alucina sin que él nos lo cuente y sin saber exactamente qué ve? No es muy difícil después de una observación cuidadosa saber que alguien oye voces o que ve imágenes inexistentes. ¿Cuáles? Al respecto, tenemos más o menos las mismas dificultades que para saber qué mira cualquier persona que viaja en un bus o en un taxi, hasta cierto punto algo podemos saber con la simple observación de su comportamiento, pero nunca podremos ver lo que él ve ni escuchar lo que escucha; lo cual no es un problema para el estudio de interacciones en el tiempo⁴⁶. Oír nuestra propia voz sin hablar es, desde el punto de vista fenomenológico, de la misma naturaleza que oír nuestra voz cuando hablamos en voz alta; lo mismo ocurre al ver, soñar o imaginar con algo que no está. Y el estudio de estos fenómenos tiene el mismo tipo de dificultades que cuando el objeto está.

Uno de los personajes favoritos de Edgar Allan Poe, el señor Dupin, hace una muy buena ilustración de cómo leer experiencias privadas como el pensamiento de los demás en *Los asesinatos en la calle Morgue* cuando mientras camina con el narrador de la historia lo interrumpe para decirle que: “es un hombre muy pe-

⁴⁶ Ampliaré el concepto de interacción más adelante.

queño, eso es cierto, lo haría mejor en un teatro de variedades”. Y el narrador, sin darse cuenta de lo que está ocurriendo, le responde: “No hay duda de eso” y luego descubre que Dupin sabía en quién y qué pensaba mientras hacían su recorrido. ¿Cómo lo hizo? Dupin lo reconstruye así:

“Habíamos estado hablando de caballos... Fue de lo último que discutimos... Cuando cruzamos la calle, apareció un vendedor de frutas con una gran canasta sobre su cabeza y lo empujó sobre una pila de piedras para pavimentar colocadas sobre un punto donde la vía está en reparación... Luego murmuró la palabra estereotomía, un término aplicado a esta especie de pavimento... Lo cual lo llevó a pensar en átomos y la teoría de Epicuro... Tema sobre el que habíamos discutido hace poco cuando le mencioné cómo las vagas ideas astronómicas de ese antiguo filósofo griego eran confirmadas por la cosmología nebulosa moderna... Sentí que no pudo dejar de echar una mirada a la gran nebulosa de Orión... Que como habíamos conversado antes, en la antigüedad se escribía “Urion”... Y recordando la crítica que le hacían ayer a Chanyilly en esos términos, concluí que no dejaría de hacer la asociación... Lo cual confirmé cuando vi que se detuvo un momento y trataba de estirarse a su máxima altura. De ahí mi comentario: “es un hombre muy pequeño...”⁴⁷ (p. 206-207).

En el texto de Poe, lo que pensaba el acompañante de Dupin no era tan privado. Supongamos que estamos estudiando el comportamiento de un grupo de personas que vive en un ambiente donde registramos absolutamente todas sus actividades con una tecnología tan avanzada que gracias a sensores instalados en sus cuerpos, vemos lo que ven, oímos lo que oyen y hasta sentimos lo que sienten cuando tocan algo o cuando los tocan a ellos. Cuando alguien les habla, escuchamos como ellos lo hacen y una vez que la conversación ha terminado oímos su propia charla “privada”. Nos está vedado hablarles, incluso por escrito, y permitirles que nos vean. Es más, los habitantes de ese ambiente no tienen por que saber de nuestra existencia. Sin embargo, podemos realizar cambios físicos en su entorno. Sin lugar a dudas, sabríamos mucho sobre estas personas, pero ¿comprenderíamos en realidad la naturaleza de su comportamiento?, ¿se podría hacer una ciencia del comportamiento accediendo exclusivamente a la experiencia “privada”?⁴⁸

⁴⁷ Extraje el texto de: Poe, E. A. *Masterpieces of mystery*. New York: Books INC publishers. Traduje y acomodé el texto para que su lectura fuera más cómoda; obviamente, no es el mismo que redactó Poe.

⁴⁸ No debe olvidarse que ver lo que otro ve por una cámara o escuchar lo que oye por un altavoz no es lo mismo que ver o escuchar como él lo hace.

Cuando oímos lo que oye una de estas personas, descubrimos una voz masculina que lo insulta y cuestiona su hombría. Los insultos son tan frecuentes y de tal magnitud que no nos extrañamos cuando escuchamos, con sus oídos, las amenazas dirigidas a quién parece ser responsable por ello y cuando vemos, con sus propios ojos, que golpea a uno de sus compañeros. Sin embargo, nuestra comprensión de lo que ha ocurrido con estos datos es muy limitada. Ahora, cambieemos un poco la situación. No tenemos la tecnología para ver, oír y sentir como los sujetos que estamos observando. Pero podemos registrar su actividad con la tecnología que realmente tenemos disponible de cámaras y micrófonos, ¿llegaríamos a las mismas conclusiones que en la situación anterior? Ahora vemos que ocasionalmente habla sólo, que le grita al aire que no lo insulte más y en una ocasión vemos como, sin motivo aparente, golpea a uno de sus compañeros. Sólo desde “afuera” estamos en condiciones de identificar sus alucinaciones y de saber que probablemente estamos frente a alguna forma de esquizofrenia.

Si tuviéramos la tecnología avanzada con la que hicimos la primera observación y la combináramos con la que tenemos en la actualidad, haríamos un análisis muy completo, pero el punto es que la primera no es necesaria. Estamos en condiciones de identificar qué piensan, sienten, desean y sueñan otras personas. Si observamos la conducta de otra persona o de un animal todo el tiempo, el patrón, del que habla Rachlin, irá emergiendo. Lo importante es saber cómo funciona su conducta y para eso no es necesario un análisis molecular permanente de cada detalle, es de mayor utilidad la observación de su interacción con el ambiente a medida que se extiende en el tiempo. Entre más largo sea el período de observación al que tenemos acceso, más sabremos.

Los sueños son sin lugar a dudas uno de los mejores ejemplos de experiencias privadas. Nunca sabremos qué experimentó exactamente alguien durante la noche del 7 de diciembre del 2003 a las 5 de la mañana, como tampoco podemos saber qué siente cuando consume exactamente el mismo tipo de café que tomamos nosotros, pero si estamos junto a esa persona todas las noches, sabremos que tiene pesadillas y si, por ejemplo, la conocemos de mucho tiempo atrás y sabemos que siempre las tiene cuando las cosas no van bien en la universidad, podríamos inferir cuál es el tema de las mismas. Por otra parte, si la única actividad posible de una persona fuera soñar, ¿qué tan interesante sería para una ciencia como la psicología que se ocupa por el estudio de la actividad de los organismos? La actividad de dormir no es muy significativa en el sentido que lo describí en el primer capítulo.

La distinción entre conducta privada y pública no es en realidad un problema para la psicología y no es necesaria para estudiar y comprender la interacción de

los organismos con el ambiente del cual forman parte. Chalmers (1995) propuso un experimento mental relacionado con este problema. Supongamos que una mujer nace con un impedimento biológico para experimentar el color y vive en un mundo en blanco y negro modulado por las diferentes variedades posibles de gris. Ella dedica toda su vida al estudio del funcionamiento del sistema nervioso humano y se convierte en la mejor conocedora de los procesos asociados con la percepción del color. ¿Comprende ella el fenómeno que estudia? De acuerdo con Chalmers, la respuesta es no. Pero desde otro ángulo, los físicos saben que en nuestro Universo hay cerca de once dimensiones de las cuales sólo percibimos tres espaciales y una temporal, ¿necesitan los físicos experimentar las otras dimensiones para estudiarlas científicamente? O, ¿es necesario vivir una esquizofrenia para comprenderla? La neurociencia está en condiciones de elaborar una teoría que explique cómo elabora el cerebro un color y hasta podría pronosticar hechos todavía no observados de la misma forma que los físicos construyen teorías sobre eventos que jamás serán observables⁴⁹.

Los errores de categorización

Una de las razones por las que creemos en la existencia de un fantasma en la máquina es la estructura natural del idioma porque crea ciertas “trampas lingüísticas” que nos llevan a creer en él. Ryle (1949) las denominó errores categóricos y las ilustraba describiendo el comportamiento de una persona que llega a una universidad por primera vez, entra a diferentes edificios con aulas, visita las bibliotecas, algunos campos de juego, salones para conferencias y la mayoría de las oficinas administrativas y al terminar aún se pregunta por el lugar específico donde está la universidad, pues la Universidad no era ni las aulas ni la biblioteca ni ninguna de las oficinas. A esta persona se le tendrá que explicar que la universidad no es una institución paralela, o algo así, sino la “organización de todos los lugares que ha visitado”. El problema surge al suponer que la universidad es un objeto aparte pero de la misma categoría que las otras dependencias y no la clase que las engloba.

Hay errores de categorización cuando eventos de diferente clase se tratan como si pertenecieran a la misma categoría. Un guante derecho, un guante izquierdo y un par de guantes no son tres cosas distintas sino dos maneras diferentes de hablar de los mismos guantes (Ryle, 1949). De igual manera, con una persona hi-

⁴⁹ Con lo cual, por supuesto, no se niega la importancia que tiene el estudio de la conciencia como un fenómeno que resulta de la actividad física y química del cerebro. Lo que, entre otras cosas, no solamente no entra en contradicción con una psicología del comportamiento; por el contrario, se complementan.

potética, a la que denominaré Juan, no habría inconveniente alguno en ubicar donde están y cuales son sus brazos; también sería fácil identificar sus piernas, sus ojos, su cuello y hasta su cabeza. Pero y ¿dónde está Juan? Si le quitamos a Juan las piernas y las ponemos a un lado, podemos suponer que Juan no es lo mismo que sus piernas. Si además le quitamos los ojos, concluiremos que Juan no es ni sus piernas ni sus ojos. Y así lo podemos seguir despedazando hasta llegar al punto donde *podría concebirse la existencia de un Juan sin ninguna de sus partes*: algo así como la esencia de Juan, ocurre al tratar al concepto más abstracto de “Juan” como si fuera equivalente y de la misma categoría diferente que la de los objetos que lo componen. Juan es en realidad el todo, y mejor aún, el todo organizado.

Con el concepto común del *yo* ocurre algo similar⁵⁰. *Yo* tengo piernas, brazos y hasta sentimientos. Pero es claro que *yo* no soy ni mis piernas ni mis brazos ni mis sentimientos, el *yo* es supuestamente un objeto diferente que adquiere una vida propia intangible y etérea. Podemos ver un brazo o una pierna, pero ¿quién puede ver un *yo*? Como la respuesta usual a este tipo de preguntas es que no se puede ver ni medir “directamente” terminamos ubicándolo en algún Universo diferente del que nuestros cuerpos ocupan⁵¹. Esta noción del *yo* surge como consecuencia de un error categórico, de asumir que las piernas, los brazos y, en general, el cuerpo pertenecen a una misma categoría que el *yo*. Este tipo de razonamiento conduce necesariamente a una visión dual de la realidad pues para que este tipo de conceptos existan como “cosas” es necesario ubicarlos en algún mundo que es secundario y que trasciende a los objetos que los hicieron necesarios, y no a la inversa.

Entre los errores categóricos más frecuentes, Holt (2001) menciona el uso de palabras que hacen que una descripción pase por una explicación. Como ilustración de este caso, Holt cita un texto que encontró en una revista y en el cual se afirma que: “La actriz Rita Hayworth sufre de una pre-senilidad que la está haciendo senil e incapaz de comunicarse normalmente con su entorno”. Se sabe de su *pre-senilidad* por la presencia de comportamientos específicos que también indican su senilidad; y, no tiene sentido afirmar que la *senilidad* es causada por la *senilidad*. Este mismo tipo de error se comete también cuando se emplean palabras diferentes pero que son sinónimos, como por ejemplo cuando se afirma que: “El rango de respuestas ante el estímulo X se ha ampliado por la generalización”.

⁵⁰ No descarto la posibilidad de una definición del YO que en un contexto teórico determinado no incurra en errores de categorización.

⁵¹ Como le ocurrió a Descartes.

La generalización y el aumento en el rango de las respuestas son la misma cosa y, por lo tanto, aún no se ha dicho nada sobre la causa del fenómeno.

La cosificación de las acciones

La mente suele tratarse como si fuera una cosa, lo que se facilita, como lo sugiere Hinesline (1980), por una de las características propias de la mayoría de los idiomas y que consiste en transformar verbos en sustantivos. Examinémoslo con las siguientes afirmaciones que voy a utilizar como ejemplos:

Si yo digo:

“Pedro camina”.

Pedro es el sustantivo de la oración. ¿Qué hace Pedro? La respuesta está en el verbo, que en nuestro caso es *caminar*. Un sustantivo, según la Real Academia Española (1992), “... tiene existencia real, independiente e individual”, *describe una cosa*. Hasta acá no hay problema alguno. Pedro puede tener existencia real, independiente e individual. Pero, qué pasa si se sostiene que:

“El amor es hermoso”.

Ahora, estoy tratando al “amor” como a un sustantivo. Le he dado, gracias a la magia del lenguaje, una existencia real, independiente e individual y lo he transformado gramaticalmente en un objeto. Los objetos deben estar en algún lugar y como no se encuentran “amores” en el ambiente, los ubicamos dentro de los cuerpos y de ahí podemos pasar a hacer afirmaciones como la siguiente:

“Se mató por amor”.

El amor, que hemos ubicado en nuestro interior, adquiere propiedades de un agente causal y puede considerarse responsable por el sufrimiento, la felicidad y, como ocurre en algunos antiguos poemas épicos, hasta de la guerra. Gracias a nuestra capacidad para convertir verbos en sustantivos, podemos construir toda una infinidad de agentes o fantasmas que ocupan la maravillosa máquina biológica que es nuestro cuerpo. Basta con examinar algunas expresiones relativamente frecuentes para comprender cómo hemos invadido el universo físico con una cantidad de entidades “abstractas” a las que suponemos reales.

“La mente es infinita”. Esta afirmación no solamente supone que hay una mente real sino que le atribuye propiedades especiales de un “espacio” y de un “tiempo infinitos”.

“Los pensamientos son impenetrables” Nuevamente, se trata a los pensamientos como cosas reales, que además tienen una propiedad física compartida por objetos sólidos.

“El espíritu humano es indomable”. En este caso, es capaz de realizar acciones por sí mismo.

Claro está que no siempre que alguien utiliza alguna de estas expresiones lo hace de manera incorrecta, la metáfora es una figura importante en la literatura y ¿qué sería de la literatura sin ella? No es difícil comprender que cuando un escritor compara a la mujer que ama con un “navío que se aleja” o con “una estrella que cae” o “con una rosa cuyas espinas lastiman” no quiere decir que “en realidad” ella sea una rosa o un navío. Mientras que el autor no olvide que está hablando de una metáfora no hay problema, pero, con mucha frecuencia simplemente no se hace la distinción.

Los verbos, por regla general, describen acciones como caminar, leer, correr, dormir o nadar, pero no siempre es así, ¿habrá alguna diferencia entre leer y estudiar, entre pensar y meditar o entre besar y sentir? Una persona puede estudiar de muchas maneras, aun cuando la mayoría implica alguna forma de lectura, puede hacerse escuchando grabaciones de las clases, resolviendo ejercicios de algún tipo o atendiendo a las explicaciones de alguien que tenga un mejor dominio del tema. Por otro lado, no siempre que alguien lee está estudiando. Los niños no estudian las tiras cómicas ni los adultos las páginas de Playboy. En otras palabras, mientras que leer es una actividad claramente discernible, estudiar no lo es; en realidad, es un término que describe un conjunto de actividades que ocasionalmente incluyen la lectura. Con el pensar ocurre otra cosa porque, como lo señala Ribes (1990), no existe ninguna actividad específica que pueda identificarse con él, y algo parecido puede decirse del sentir.

Suele asumirse que el *pensar* y el *sentir* son actividades ocultas que preceden y se manifiestan en la conducta abierta. El problema acá se hace evidente si se examina el asunto desde otro ángulo, ¿cómo sabemos que alguien piensa o siente? Indudablemente, es por la observación de la manera como se realizan determinados actos. Cuando vemos que una persona besa a otra, podemos distinguir con relativa facilidad cuando es amoroso y cuando no, de manera que el sentimiento no es nada en el interior de la gente, sino una cualidad de su conducta. Y, podemos saber cuando realizamos una actividad pensando o sin hacerlo. De acuerdo con Ryle (1979) y Ribes (1990), palabras como pensar o sentir describirían *modos* en la realización de acciones y, por ello, las consideran categorías adverbiales.

El concepto de autoestima, al que recurren con frecuencia los psicólogos clínicos para explicar el origen de los problemas de comportamiento que observan en sus consultantes, es un buen ejemplo para mostrar cómo se pueden combinar en

un solo concepto todos los problemas con el lenguaje mencionados en este capítulo. ¿Cuándo se dice que alguien tiene una baja autoestima? Indudablemente, es a partir de ciertos comportamientos tales como mantener la mirada baja en las reuniones sociales, evitar el contacto con otras personas, eludir la interacción con personas del sexo opuesto y hablar de sí mismo con menosprecio, pero, por regla general, se sigue el proceso inverso y se afirma que: “*Habla mal de sí mismo porque tiene una baja autoestima*”, que se supone oculta en algún lugar interno, situación que se ilustra en la figura 3.4.

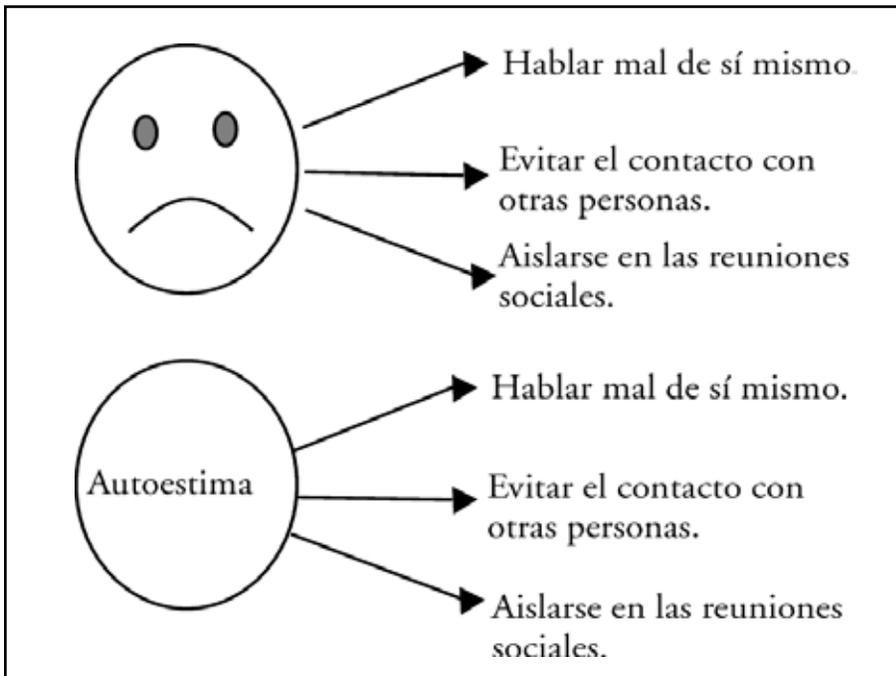


Figura 3.4. El comportamiento manifiesto, representado por las flechas, intenta modificarse subiendo o bajando la autoestima.

En realidad, la palabra autoestima describe un conjunto de comportamientos como los que aparecen en la figura 3.4; es necesario recordar que el mismo rotulo puede referirse a otras combinaciones conductuales. Como se discutió previamente, cuando fenómenos de una misma clase son tratados como si pertenecieran a diferentes categorías, se asume que hay un error de categorización, tal como ocurre con la autoestima y como se ilustra en la figura 3.5.



Figura 3.5. La autoestima es el nombre que se le da a algunas pautas específicas de comportamiento.

Al suponer que la autoestima es la causa de los comportamientos descritos en las figuras 3.4 y 3.5 se confunde una manera de describir el suceso observado con la explicación del mismo. Por otra parte, al afirmar que: “*La autoestima es la causa de sus problemas*” se la transforma en un objeto. Obviamente, puede hacerse el mismo tipo de análisis a una amplia gama de conceptos en psicología⁵² ya que, como lo señala Holth (2001), de este tipo de errores no escapan ni los Analistas del Comportamiento, que pese a ser cuidadosos al respecto, ocasionalmente hacen afirmaciones como que: “Las respuestas se extendieron a otros estímulos de-

⁵² Como señala Holth, la inteligencia se mide con los ítems de pruebas diseñados para estimarla y luego, de manera circular, los resultados obtenidos se atribuyen a la misma inteligencia. Leahy (1987) trata un tema similar cuando hace la introducción de su historia de la psicología. Él intenta establecer una comparación entre los “eventos” no observables en física, de los cuales los quarks o los agujeros negros serían ejemplos, y los eventos supuestamente no observables en psicología, como la “memoria de corto plazo” o supuestos procesos subyacentes similares que se infieren a partir de la conducta. En su comparación hay dos problemas. En primer lugar, todos los fenómenos que estudian las ciencias son no observables en el sentido estricto del término pues son abstracciones; en ese sentido, la operante tal como la definió Skinner no es observable, no hay operantes por haber, pero tampoco es una construcción teórica inferida, sino que, como en el caso de los agujeros negros se deduce de las observaciones. En segundo lugar, porque el estatus ontológico de las dos construcciones no son comparables. Suponiendo que existan, las dimensiones de un agujero negro o de un quark serán potencialmente “observadas” o, mejor, “medidas directamente” cuando se cuente con la tecnología apropiada y se den las condiciones apropiadas. La memoria a corto plazo jamás será directamente observada porque a diferencia de los quarks y de los agujeros negros no es una entidad. En el caso de un ordenador, sí lo es.

bido a la generalización” o que “la tasa de respuesta relativamente baja al comienzo de la sesión se debió al período de calentamiento” (p. 207).

Los problemas con el lenguaje del mismo estilo que los errores de categorización no son exclusivos de la psicología, también se encuentran en otras disciplinas. Schrödinger (1956, citado por Baum, 1997) se quejaba de los obstáculos que lenguajes como el inglés generan cuando se analizan los patrones de los que se ocupan las ciencias. Él consideraba que el inglés no era un idioma apropiado para hacer ciencia. Hipótesis, que Whorf (1956 también citado por Baum), amplió y que ilustró con una comparación entre el inglés y la lengua de los Hopi. Esta última, a diferencia de idiomas como el inglés y también el español, está orientada a eventos y no a objetos. Cuando hablamos de sustantivos como el agua o el aire, asumimos implícitamente que no tienen forma, son sustancias informes de tal manera que cuando es necesario referirse a una cantidad específica de agua, aire, tierra o gas, nos vemos obligados a mencionar al “envase”; así, decimos “un vaso con agua”, “una bocanada de aire” o un “cilindro de gas”. No se suele hablar de un agua, un gas o una tierra específicos a solas. Estos son sustantivos que hacen referencia a masas. Según Whorf, el lenguaje Hopi:

Tiene una clase de sustantivos formalmente distinta. Pero esta clase no contiene ninguna sub clase formal de sustantivos de masa... Los sustantivos cuya traducción estaría más cerca de nuestros sustantivos de masa se refieren aún a cuerpos vagos o con bordes vagamente definidos. Implican ausencia de definición, pero no carencia de límite o tamaño. En afirmaciones específicas, agua significa cierta masa o cantidad de agua, no lo que denominaríamos la sustancia agua. La generalidad de la afirmación proviene del verbo o del predicado, no del sustantivo... El lenguaje no necesita ni tiene analogías sobre las cuales construir el concepto de la existencia como una dualidad de objetos informes y con forma. (Whorf, 1956, p. 141-142, citado por Baum, 1997).

Según Baum, en esta dualidad de “sustancias informes” y “formas insustanciales” propia de algunos idiomas, Whorf encontró el origen de la dicotomía entre mundos internos y externos. Y es tal la dificultad natural que ofrecen quizás la mayoría de idiomas que aún alguien como Rivière, que claramente está consciente de los problemas con el dualismo y que está familiarizado con las críticas de Ryle, no puede dejar de hablar de “Objetos con mente”, como si las mentes fueran algo diferente de los objetos que las contienen; aun cuando no es su intención, en dicha expresión, la mente se cosifica. Si bien, en su posición no hay un dualismo explícito, sí lo hay implícitamente en el uso que hace del lenguaje.

No digo que sea fácil crear un lenguaje exento de este tipo de errores conceptuales en una ciencia como la psicología; de hecho Schrödinger anotaba que era muy difícil hacerlo para cualquier ciencia, incluida la física. Quizás ni siquiera sea posible. Pero es importante tratar de evitar el tipo de confusión conceptual que nos conduce con frecuencia a estudiar una realidad dual que sólo es real en el habla. Para muchos psicólogos, la mejor manera de enfrentar la existencia de errores categóricos ha sido la de ignorarlos y como lo sostenía Woodworth (1934),

...Como en otras ramas del saber, la psicología encuentra conveniente transformar sus verbos en sustantivos. Y entonces, ¿qué ocurre? Olvidamos que nuestros sustantivos son meros sustitutos de los verbos y salimos a buscar las cosas que ellos denotan –sustancias, fuerzas y facultades-, pero tales objetos no existen; están sólo las actividades que tomamos como punto de partida originalmente (p. 29).